

¿ESTÁ DISUELTO EL PUZZLE DE FREGE? TRES OBJECIONES A HOWARD WETTSTEIN

DAVID SUAREZ-RIVERO

Abstract. In this paper I focus my attention on the proposal given by Howard Wettstein in 1980 to the cognitive phenomenon stated by Gottlob Frege in his paper “On sense and reference”. I offer three arguments in order to show that his answer does not weaken this phenomenon. Particularly, I defend three ideas: first, it is legitimate that philosophical semantics, in contrast with what Wettstein defends, provides an answer to the cognitive phenomenon; second, Wettstein does not conceive Frege’s argument correctly by considering it generates a semantic theory from a purely mentalist phenomenon; third, the explanation supplied by Wettstein is assumed by Frege when he states the phenomenon.

Keywords: Howard Wettstein; Frege’s puzzle; cognitive value; philosophical semantics; cognitive science; cognitive significance.

Introducción

En los artículos “Has Semantics Rested on a Mistake?” (1986) y “Turning the Tables on Frege” (1989), Howard Wettstein responde a uno de los retos cognitivos, comúnmente conocido como el fenómeno del valor cognitivo, al que se enfrenta Gottlob Frege en su artículo “On sense and reference” (1892), a saber:

(FVC) ¿Cómo es posible que un hablante competente, que entiende dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$, donde a y b comparten el mismo referente — e. g., (1) Julian Assange es Julian Assange y (2) Julian Assange es Paul Assange —, puede tener una distinta actitud cognitiva, aceptando $a = a$ pero dudando de $a = b$, considerando trivial $a = a$ pero informativa $a = b$, y teniendo un comportamiento distinto en función de cuál de las dos oraciones acepte?¹

En su respuesta, Wettstein defiende tres ideas: la primera, que a la semántica filosófica no le ha de incumbir (FVC), como Frege lo propuso en su momento; que es a la epistemología, o a la ciencia cognitiva, a la que se le ha de pedir una respuesta de este.² La segunda, que Frege genera equivocadamente una teoría semántica a partir de un fenómeno puramente mentalista. La tercera, que (FVC) no presenta enigma alguno, como Frege lo formuló en su momento, pues no hay ninguna propiedad semántica en los términos de $a = a$ y $a = b$ que indique al hablante correferencia alguna.

La intención de Wettstein con su respuesta es mostrar que los teóricos de la referencia directa no han de sentirse obligados a proporcionar una explicación a (FVC),

Principia 20(3): 427–453 (2016).

Published by NEL — Epistemology and Logic Research Group, Federal University of Santa Catarina (UFSC), Brazil.

dado que, en principio, no es una objeción legítima a la tesis principal defendida por ellos, a saber: que dos oraciones verdaderas, cuyos términos comparten el mismo referente, expresan la misma proposición y tienen las mismas condiciones de verdad — tesis que puede ser considerada como falsa ante el hecho de que un hablante competente puede tener una distinta actitud cognitiva cuando se le presentan las dos oraciones de identidad—; ni tampoco es competencia de la semántica filosófica proporcionar una respuesta sino que es competencia de la ciencia cognitiva hacerlo, dado que (FVC) es un fenómeno puramente mentalista.

En el presente artículo retomo, a tres décadas de su discusión, la respuesta de Wettstein a (FVC). La relevancia de hacerlo se centra en lo siguiente: primero, aun cuando John Perry (1988), Nathan Salmon (1991) y Pieranna Garavaso (2000) proporcionaron algunas objeciones a la respuesta de Wettstein, no había habido suficientes argumentos en la literatura filosófica con los que se hubiera profundizado en esta discusión sino hasta la publicación de los artículos de Joseph Almog (2008), Stavroula Gelzakos (2009), y del volumen especial Frege's Puzzle. A Reexamination of the Cognitive Significance Phenomenon (2014), editado por David Suarez-Rivero, el cual ha motivado a que publique las ideas que presento en el presente artículo; segundo, encuentro sólidos argumentos con los que se podría minar aún la disolución que proporciona Wettstein a (FVC); tercero, con estos nuevos argumentos que propongo se podría comprender de manera distinta (FVC) y apoyar con ello ciertas teorías semánticas actuales, como la de John Perry (1988; 2001) y Robert Stalnaker (1978; 2006), que tratan de incrementar su propuesta semántica a partir de proporcionar una respuesta a (FVC).

En el artículo reconstruyo (I., II., III. y IV.) y evalúo (V.) las tres ideas defendidas por Wettstein, proporcionando algunas razones que *desactivan* las conclusiones de los argumentos. Particularmente, muestro tres ideas: la primera (V.1.), que es legítimo que la semántica filosófica proporcione una respuesta a (FVC). La segunda (V.2.), que Wettstein no aprecia correctamente el argumento de Frege, al considerar que genera una teoría semántica a partir de un fenómeno puramente mentalista. La tercera (V.3.), que la idea de la cual se apoya Wettstein para esclarecer (FVC) es asumida por Frege al plantear dicho fenómeno. En la desactivación que realizo de las conclusiones de los argumentos que atribuyo a Wettstein, no evalúo, ni mucho menos defiendo, la propuesta semántica de Frege. Acepto mucho, y creo que es razonable hacerlo, de lo que dice Wettstein respecto a Frege (1892), pero muestro que sus ideas — en particular, las conclusiones que se desprenden de estas— no debilitan (FVC).

I. La condición epistemológica de adecuación

Una de las ideas de la filosofía de Frege que Wettstein rechaza en (1986) es la condición epistemológica de adecuación que exige a las teorías semánticas en el artículo

(1892). Esta condición exige lo siguiente:

(CE) Una adecuada explicación semántica debe explicar el significado cognitivo³ —e. g., la diferencia que hay en valor cognitivo en oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$ — (1986, p.185, p.200, p.203, p.204).

Esta condición no puede ser entendida, de acuerdo con Wettstein, sin considerar dos ideas en las que Frege basa su semántica: primero, por el proyecto cognitivo o epistemológico de Frege, aquel con el cual busca explicar la estructura del pensamiento (*structure of thought*), o los contenidos de pensamiento (*thought contents*), a partir del lenguaje (1986, pp.200–201); segundo, porque para Frege el significado cognitivo es un componente semántico de las oraciones ((1986), p.186 (confróntese también (1989), especialmente la nota a pie de pagina 7, p.321, p.335)).⁴ La intuición de Frege, continua Wettstein, es que hay ciertos contenidos de pensamiento — *sentidos* o *pensamientos* — asociados a las oraciones declarativas que son aprehendidos por los hablantes competentes del lenguaje. La intención de Frege es explicar qué son estos contenidos, para enseguida explicar cómo ciertos hablantes competentes, al aprehender estos contenidos, pueden tener una distinta actitud cognitiva respecto a oraciones de la forma $a = a$ y $a = b$. Así, el proyecto cognitivo o epistemológico de Frege y el significado cognitivo asociado a las oraciones justifican, siguiendo la argumentación de Wettstein, que la semántica esté comprometida a ofrecer una explicación de por qué la actitud de un hablante podría ser distinta, a pesar de que es competente y entiende oraciones de la forma $a = a$ y $a = b$ (1986, p.203).

El rechazo de Wettstein a (CE) se debe a que considera que lo semántico y lo cognitivo son proyectos distintos — o, usando la terminología de Wettstein, plantean cuestiones diferentes (1986, p.204) —: mientras que el proyecto semántico indaga sobre la relación que hay entre el lenguaje y el mundo, y con ello se preocupa de las condiciones de verdad de las oraciones declarativas y de descubrir la reglas que rigen el uso de los términos, el proyecto cognitivo indaga sobre la relación que hay entre el lenguaje y los contenidos de pensamiento (1986, pp.201, 203, 204). El proyecto de Frege, de acuerdo con Wettstein, es un proyecto cognitivo, en tanto que su intención es explicar la estructura del pensamiento a partir del lenguaje (1986, p.203). Sin embargo, el proyecto de la semántica no es cognitivo, en tanto que su preocupación es explicar la relación que hay entre el lenguaje y el mundo (1986, p.201). Por ello, en tanto que lo semántico y lo cognitivo son proyectos distintos, la semántica no debe sentirse forzada a asignar dos proposiciones distintas, como Frege lo propuso al introducir los sentidos, por el mero hecho de que sea posible que un hablante competente tenga una actitud cognitiva distinta.⁵

En otras palabras, el principal objetivo de la semántica son las oraciones, las proposiciones que expresan, sus condiciones de verdad y la reglas que rigen el uso de los términos. Lo que sucede en el hablante no ha de afectar a la semántica y a sus

resultados — *e. g.*, que $a = a$ y $a = b$ expresan la misma proposición y tienen las mismas condiciones de verdad — (1986, p.204). Lo que ocurre en el hablante lo ha de estudiar la ciencia cognitiva.

II. Los datos de Frege y sus repercusiones semánticas

A pesar de la distinción que hace entre los proyectos de la semántica y la ciencia cognitiva para desactivar (CE), Wettstein acepta en (1989) que aunque $a = a$ y $a = b$ son oraciones semánticamente equivalentes — *i. e.*, oraciones que expresan la misma proposición y tienen las mismas condiciones de verdad —, estas no lo son cognitivamente (1989, p.327). La posición de Wettstein se diferencia de la de Frege, así, en que aunque ambos comparten la idea de que dichas oraciones no son equivalentes cognitivamente, discrepan en su equivalencia semántica. De acuerdo con Wettstein, la diferencia semántica que sostiene Frege se debe a que considera erróneamente lo siguiente:

(ES) Si $a = a$ y $a = b$ no son oraciones cognitivamente equivalentes, tampoco lo son semánticamente. (1989, p.327).

Para Wettstein $a = a$ y $a = b$ no son oraciones cognitivamente equivalentes a partir de lo que él llama *los datos de Frege* (DF):

- (i) Un hablante podría entender las oraciones $a = a$ y $a = b$ pero aceptar como verdadera solo una de ellas.
- (ii) Un hablante podría encontrar como trivial la oración $a = a$, pero como informativa $a = b$.
- (iii) El comportamiento no verbal de un hablante podría variar en función de cuál de las dos oraciones acepte (1989, p.326).

Wettstein acepta (DF) en la medida en que considera que son correctas las observaciones. Sin embargo, no acepta las consecuencias que, según él, Frege *deriva* de (DF) para la semántica (1989, p.327). Aunque Wettstein no lo expresa en los siguientes términos, su argumento se podría plantear de la manera siguiente. Frege realiza tres movimientos a partir de (DF): el primero consiste en sostener que la *actitud cognitiva* del hablante difiere debido a que *entiende* distintas proposiciones; el segundo consiste en introducir un elemento semántico — los *sentidos* o *pensamientos* — con el cual justifica que tales oraciones expresan distintas proposiciones; a partir de aquí Frege regresa al hablante: la diferente actitud que tiene el hablante se debe a que *aprehende cognitivamente* distintas proposiciones. De acuerdo con Wettstein, lo que Frege hace con estos tres movimientos es generar una teoría semántica a partir de un fenómeno puramente mentalista. Y esto lo realiza a partir de una intuición

que Wettstein califica como intencionalista (*the intentionality intuition*), y que podría llamarse “Anclaje Cognitivo”:

(AC) Para poder pensar o hablar de un objeto el hablante debe tener un *anclaje cognitivo* (*cognitive fix*) sobre el objeto en cuestión para poder distinguir al objeto del resto de los demás en el universo (1989, p.318, p.331).

Puesto que el hablante *aprehende* dos proposiciones distintas cuando se le presentan las oraciones $a = a$ y $a = b$, estas han de tener componentes semánticos distintos. Con esto Frege pasa de (DF) a sostener que dichas oraciones expresan proposiciones distintas. Este paso, sostiene Wettstein, no es legítimo: (DF) no lleva a concluir que el contenido proposicional de tales oraciones sea distinto (1989, p.327).

III. La explicación de (DF), y el esclarecimiento de (FVC)

De acuerdo con Wettstein, para explicar (DF) no hace falta ofrecer una explicación semántica (1989, p.327), ni mucho menos una explicación mentalista (1989, p.333). (DF) puede ser explicado a partir de una idea que Wettstein proporciona a lo largo de (1989) y (1986), la cual no expresa explícitamente, pero yace como sustento de su respuesta, a saber:

(W) No hay nada en las propiedades semánticas de a y b que indique al hablante correferencia alguna entre dichos términos (1989, pp.332–4).⁶

Dos ideas son las que apoyan la atribución de (W) a la respuesta de Wettstein. La primera es que para Wettstein no hay algo así como sentidos fregeanos o significados lingüísticos a la Kaplan–Perry que hagan de un hablante ser competente en el empleo de los términos, sino que es la comunidad, las *instituciones sociales*, las que legitiman la competencia lingüística de los hablantes ((1989), pp.320–325 y (1986), pp.188–200). La segunda consiste en que para Wettstein los nombres son meros *instrumentos sociales* que permiten la comunicación entre los hablantes ((1989), p.325, pp.332–3 y (1986), pp.204–9). Por ello, no hay nada en los términos a y b , en sus componentes semánticos, que indiquen correferencia alguna, siendo normal que un hablante dude de que la oración $a = b$ es verdadera, mientras que normalmente en un contexto en el que se usa el mismo término repetidamente, como es el caso de $a = a$, el hablante tiende a asumir que se refiere a la misma cosa.⁷

Nótese que hay muchos casos en los que se usa el mismo término repetidamente, como es el caso de $a = a$, pero refiere a cosas distintas. En tales casos, argumenta Wettstein, tampoco habría manera de que el hablante, apelando al mismo término que se repite, lo sepa, en tanto que no hay nada en sus propiedades semánticas que se lo indique (1989, pp.333–4). Por ejemplo, considérese (3) Héspero es Héspero,

donde el primer término, supongamos, designa a la estrella de la mañana y el segundo al perro de mi vecino. No hay nada en “Héspero” que le indique al hablante que en sus dos variantes refiere, por una parte, a la estrella de la mañana y, por la otra, al perro de mi vecino. Hay objetos, como se puede apreciar, que comparten el mismo nombre. El hablante lo sabe, pero el nombre por sí mismo no le indica que refiere a cosas distintas.

El nombre mismo tampoco le indicaría al hablante, argumenta Wettstein, que refiere a la misma cosa en diferentes ocasiones (1989, p.334). Un ejemplo es aquel célebre caso presentado por Saul Kripke (1979), a saber: Peter sabe que Paderewski es un famoso pianista polaco. Al conocer esta información, Peter no tendría problema alguno en afirmar lo que expresa la oración (4) Paderewski tiene talento musical. Supongamos, sin embargo, que ulteriormente a Peter le llega la información de un primer ministro polaco llamado “Paderewski”. Puesto que Peter considera que los políticos difícilmente gozan de dotes artísticos, en un segundo momento negaría lo que expresa la oración (4). Lo relevante en esto es que en los dos momentos mencionados, el nombre “Paderewski” es usado para referir a la misma persona, a saber: al pianista cuyo patriotismo lo llevó a ser primer ministro. Como se aprecia, no hay nada en el nombre “Paderewski” que le haga saber a Peter que en los dos casos mencionados se habla de la misma persona. Habría que decirle entonces a Peter que lo que expresa la oración (5) Paderewski es Paderewski, donde al primer “Paderewski” se le asocia con el famoso pianista polaco, pero al segundo con el primer ministro polaco, es verdadera.

Así, casos como los anteriores han llevado a filósofos como Wettstein a considerar que no hay nada en las propiedades semánticas de $a = a$ que le diga al hablante que los dos términos refieren a la misma cosa, o a cosas diferentes. Lo sorprendente, así, para filósofos como Wettstein, es que tanta gente asuma que es trivial $a = a$, no siéndolo en muchos casos al ser una oración informativa (1989, pp.333–4).

Por mor del argumento que ofrece Wettstein —donde acepta que $a = a$ y $a = b$ no son oraciones cognitivamente equivalentes—, dejaré al margen los casos anteriores, considerando solo aquellos donde $a = a$ es trivial para un hablante, no siendo así $a = b$. En explicación de Wettstein, esto se debe a que no hay ninguna propiedad semántica en a y b que le indique al hablante correferencia alguna entre dichos términos, no siendo enigmático, por ello, que su actitud cognitiva varíe.

IV. La estrategia filosófica de Wettstein

La estrategia general de Wettstein, tal como la he reconstruido, consiste en distinguir tres aspectos de la respuesta de Frege: el primero, la *actitud cognitiva* del hablante respecto a las oraciones $a = a$ y $a = b$; el segundo, la *aprehensión cognitiva* por parte

del hablante de las proposiciones que expresan tales oraciones; el tercero, el *valor cognitivo* como *componente semántico* de dichas oraciones.⁸ Lo que hace Wettstein es centrarse en el primer aspecto y mostrar que, a diferencia de Frege, puede ofrecerse una respuesta, una disolución al fenómeno, sin apelar a los otros dos aspectos. Si se pretende, de acuerdo con Wettstein, ofrecer una respuesta al segundo aspecto, tal como Frege lo hace, a partir del tercero, se pone en peligro resultados semánticos básicos, a saber: que $a = a$ y $a = b$ expresan la misma proposición y tienen las mismas condiciones de verdad. Puesto que no se quiere ello, de acuerdo con Wettstein, hay que distinguir proyectos, y dejar en manos de la ciencia cognitiva el porqué el hablante podría aprehender, de ser el caso, proposiciones distintas. Si la ciencia cognitiva asigna distintas proposiciones a $a = a$ y $a = b$, esas proposiciones no serán, desde el punto de vista de Wettstein, las semánticamente expresadas por tales oraciones, las cuales determinan, en último término, sus condiciones de verdad.

V. Tres objeciones a la argumentación de Wettstein

V.1. Objeción primera

Efectivamente, la semántica filosófica y la ciencia cognitiva tienen proyectos distintos: mientras que el proyecto semántico indaga sobre la relación que hay entre el lenguaje y el mundo, el proyecto cognitivo indaga sobre la relación que hay entre el lenguaje y los contenidos de pensamiento. De esta innegable diferencia no se sigue, como defiende Wettstein para desactivar la condición epistemológica que le atribuye a Frege, que la semántica filosófica no tenga que ofrecer respuesta alguna a ciertos fenómenos que incumben a la ciencia cognitiva. De hecho, la semántica filosófica ha de poder ofrecer las condiciones mínimas que expliquen fenómenos de carácter cognitivo, como es (FVC). Para mostrar esto, proporcionaré primero dos argumentos generales, a partir de los cuales justificaré mi argumento con el que desactivo la conclusión de Wettstein, a saber: que la semántica filosófica no ha de ofrecer una respuesta a (FVC), dado que, al ser un fenómeno puramente mentalista, la ha de proporcionar la ciencia cognitiva.

En las ciencias, las humanidades y la tecnología se hallan casos donde la *participación conjunta* de las diferentes disciplinas ha arrojado resultados que la *participación individual* de cada una de ellas no hubiera conseguido, por sus intereses distintos y exclusivos de su área. Por ejemplo, en los inicios de la fotografía, y en el desarrollo de esta, han intervenido especialistas de distintas disciplinas, como son matemáticos, químicos y físicos, contribuyendo cada uno de ellos, directa o indirectamente, con diferentes descubrimientos, como lo es la cámara oscura, las propiedades del nitrato y el cloruro de plata, cierto papel sensible a la luz, entre otros. El nitrato y el cloruro de plata fueron ciertas sustancias activas propuestas, entre todos ellos, por

los especialistas — San Alberto Magno y Georges Fabricius — que se dedicaban a la química, para revelar las imágenes capturadas por cierta clase de papel sensible a la luz. Claramente, en este proceso, los únicos que podían determinar qué sustancias utilizar eran ellos, los expertos en química, y no los matemáticos o los físicos, en tanto que sus intereses de investigación no solo eran específicos de la matemática y la física sino distintos a los de la química. Pero fueron los matemáticos — Alhazen — quienes contribuyeron con la cámara oscura, en su intento por explicar ciertos fenómenos de carácter óptico. Sin ser parte de sus intereses principales, estos expertos, todos ellos, contribuyeron al proceso, o a una parte de este, de la imagen. Obviamente, los especialistas que contribuyeron en esto, muchos de ellos fueron personas interesadas en el ámbito fotográfico. Sin este interés, quizá la fotografía, como la conocemos hoy en día, no se hubiera dado. Pero lo cierto es que, y esto es lo que quiero enfatizar, un grupo importante en el proceso fotográfico no solo fue el de los químicos sino también el de los físicos y matemáticos. Todos ellos, químicos, físicos y matemáticos, colaboraron, directa o indirectamente, para incrementar lo que hoy en día conocemos como la fotografía.

La participación conjunta, o el aprovechamiento de descubrimientos, de las diferentes disciplinas, se debe, sin duda alguna, a *la afinidad* que hay en los objetos que ellas estudian. Por ejemplo, Leonardo da Vinci sostenía que para dedicarse a la pintura, había que estudiar anatomía: esta permitiría al artista conocer intrínsecamente el cuerpo humano, ayudándolo a reproducirlo mejor en la obra artística. Ciertamente, los intereses de la anatomía y la pintura son distintos entre ellas: mientras que la anatomía está interesada en el estudio de la estructura, situación y relaciones de las diferentes partes del cuerpo, ya sea animal, vegetal o humano, la pintura está interesada en la reproducción artística de las formas, entre ellas la del cuerpo humano. Pero es justamente *el cuerpo humano*, su composición física, la que las *vincula*. Este vínculo permite al artista apropiarse del conocimiento que la anatomía proporciona, para llevarlo a su ámbito. Claramente, la anatomía, como disciplina, no se sirve del artista, como este se sirve de ella, para fines particulares; tampoco está en el proyecto de la anatomía proporcionar al artista una teoría, para que la aplique después él en la imagen. Pero dado el vínculo, el cuerpo humano, y esto es lo relevante, el artista puede extraer modelos explicativos que lo ayuden no solo a comprender sino a reproducir mejor la imagen.

La participación de distintas disciplinas — ya sea voluntaria, como muchas veces se hizo en el caso de la fotografía; o involuntaria, como en el caso de la anatomía —, dada la afinidad en los objetos de estudio, para incrementar, o explicar, fenómenos, ha sido importante, y es importante mantenerla, dado que ha conducido, como se puede apreciar, a *ampliar los conocimientos* de la ciencia, las humanidades y la tecnología. Más aún, dada la demarcación que hay en las diferentes disciplinas — *i.e.*, la especialización que se encuentra en cada campo de estudio, ya sea para obtener

mejores conocimientos y/u óptimos resultados —, y las explicaciones restringidas a su objeto de estudio, dado que lo verdaderamente relevante es el tema particular de cada una de ellas, la participación, o apropiación de ciertos conocimientos, de distintas disciplinas no solo es importante sino indispensable, dado que en ocasiones ciertas disciplinas, por su especialización, pueden aportar los elementos explicativos que requieren otras, dados sus *límites explicativos*, los cuales, muchos de ellos, se deben al enfoque exclusivo del área.

De estos hechos puede extraerse cierto argumento, cuya conclusión puede ser llamada *Compromiso de Carácter Científico* (CCC), no por estar estrictamente vinculado al conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurado y del que se deducen principios y leyes generales, sino por *apoyar la ampliación del conocimiento en general*:

- (a) Las disciplinas — sean de la ciencia, las humanidades o la tecnología — tienen *restringido* su campo de estudio, para obtener mejores conocimientos y/u óptimos resultados — *e.g.*, la matemática, la física y la química —.
- (b) A pesar de que las disciplinas tienen restringido su campo de estudio, los fenómenos que estudian muchas veces *vinculan* a más de una de ellas, bajo intereses distintos — *e.g.*, recuérdese el caso de la anatomía y de las bellas artes —.
- (c) Toda disciplina, dada la restricción en su campo de estudio, tiene *límites explicativos* — *e.g.*, en filosofía, la lógica monotónica se concentra en explicar argumentos cuyas premisas solo pueden ser evaluadas como verdaderas o falsas; la lógica no-monotónica se concentra en explicar, a diferencia de la primera, argumentos cuyas premisas pueden ser evaluadas como probables, posibles, indeterminadas, etc.; la lógica monotónica no podría evaluar argumentos cuyas premisas fueran probables, posibles o indeterminadas; la lógica no-monotónica no podría evaluar, por su parte, argumentos cuyas premisas fueran o verdaderas o falsas —.
- (d) Aunque las disciplinas tienen límites explicativos, otras disciplinas podrían completar la explicación de ciertos fenómenos, dado el vínculo que con este tienen — *e.g.*, hay ciertas propiedades físicas que a la ciencia cognitiva le interesan para poder explicar la percepción de aquellos sistemas cognitivos que pueden discriminar el color; dada su restricción en su campo de estudio, la ciencia cognitiva no podría proporcionar estas propiedades físicas — dado que no es una disciplina en ello competente —; la física estudia las propiedades físicas de la materia; es la física, por ello, que podría proporcionar las propiedades físicas que son responsables de que ciertos sistemas cognitivos puedan percibir colores —.⁹
- (e) La explicación que una disciplina pueda proporcionar a la explicación del fenó-

meno que estudia otra disciplina *solamente es una explicación de ayuda*, dado que la carga de la prueba la lleva la disciplina interesada y competente en el tema — *e.g.*, las propiedades físicas que la física pueda proporcionar para explicar aquellos sistemas cognitivos que pueden discriminar colores, han de considerarse solo de ayuda, dado que la carga de la prueba la lleva la ciencia cognitiva, la cual ha de completar la explicación a partir de dicha ayuda —.

- (f) Aunque solamente es de ayuda la explicación que una disciplina pueda proporcionar para completar la explicación del fenómeno que otra disciplina estudia, *esta explicación puede tornarse obligatoria*, según la naturaleza del fenómeno — *e.g.*, sin las propiedades físicas que la física pueda proporcionar para que la ciencia cognitiva pueda completar su explicación de aquellos sistemas cognitivos que pueden discriminar colores, esta explicación no se consolidaría; por ello, la explicación que pueda proporcionar la física ha de tornarse obligatoria, para completar la explicación que pueda proveer la ciencia cognitiva —.

A partir de estas premisas se puede concluir lo siguiente:

- (CCC) Toda disciplina — sea de la ciencia, las humanidades o la tecnología — ha de poder ofrecer, si se requiere, las condiciones mínimas que expliquen temas, aunque independientes, vinculados con ellas, de interés exclusivo para otras disciplinas.

Esto es: cada disciplina ha de poder proporcionar, dada su investigación particular, *ciertos elementos* — elementos exclusivos de su competencia — *que expliquen* temas de otras disciplinas afines, aunque independientes, con ella. La contribución que cada una de ellas pueda aportar a la explicación de un fenómeno estudiado por otra tiene, en principio, solamente el carácter de ayuda, mas no de exigencia, dado que la disciplina interesada en el fenómeno es la responsable de la prueba. Pero si una de ellas requiriera la contribución de otra respecto a la explicación de cierto fenómeno, y esa disciplina fuera la *única* que pudiera proporcionar una respuesta, dada la afinidad en su campo de estudio, esta contribución habría de tornarse obligatoria, dado que de ello depende el avance de la investigación de la otra disciplina interesada en el tema.

Como se podrá apreciar, con (CCC) se pretende promover la ampliación del conocimiento, a partir de la intervención de las diferentes disciplinas, claramente demarcadas por sus proyectos, pero vinculadas muchas veces por los fenómenos que ellas estudian. Este argumento puede ser aplicado a la semántica filosófica y a la ciencia cognitiva. El argumento es el siguiente:

- (a*) La semántica filosófica y la ciencia cognitiva son disciplinas que tienen *restringido* su campo de estudio, para obtener mejores conocimientos y/u óptimos resultados. Por ejemplo, mientras que la semántica filosófica estudia la relación

que hay entre el lenguaje y el mundo, la ciencia cognitiva estudia la relación hay entre el lenguaje y el pensamiento.

- (b*) A pesar de que la semántica filosófica y la ciencia cognitiva tienen restringido su campo de estudio, el estudio del lenguaje las *vincula*, bajo intereses distintos. Por ejemplo, la semántica filosófica está interesada en la manera en la que el lenguaje representa estados de cosas; la ciencia cognitiva está interesada en la manera en la que el lenguaje impacta en la mente de los hablantes.
- (c*) La semántica filosófica y la ciencia cognitiva, dada la restricción en su campo de estudio, tienen *límites explicativos*. Por ejemplo, la semántica filosófica no podría explicar si sucede algo en el hablante, en su estado mental, cuando entiende oraciones declarativas; la ciencia cognitiva no podría explicar si hay ciertas propiedades semánticas en las oraciones declarativas que sean responsables de que el hablante entienda dichas oraciones.
- (d*) Aunque la semántica filosófica tiene límites explicativos, la ciencia cognitiva, dado su interés que comparte por el estudio del lenguaje, *podría completar*, y *viceversa*. Por ejemplo, aunque la ciencia cognitiva no podría explicar si hay ciertas propiedades semánticas en las oraciones declarativas que sean responsables de que el hablante las entienda, la semántica filosófica podría proporcionar dicha respuesta.¹⁰
- (e*) La explicación que la semántica filosófica o la ciencia cognitiva puedan proporcionar a la explicación del fenómeno que estudia la otra *solamente es una explicación de ayuda*. Por ejemplo, la respuesta que la semántica filosófica pueda proporcionar respecto a si hay ciertas propiedades semánticas en las oraciones declarativas que sean responsables de que el hablante entienda dichas oraciones, es una respuesta que solo ayuda a la ciencia cognitiva para fines particulares, dado que la carga de la prueba la lleva ella.
- (f*) Aunque es de ayuda la explicación que la semántica filosófica o la ciencia cognitiva pueda proporcionar para completar la explicación de la otra disciplina, *esta explicación puede tornarse obligatoria*. Por ejemplo, la ciencia cognitiva podría requerir la respuesta de la semántica filosófica respecto a si hay ciertas propiedades semánticas en las oraciones declarativas que sean responsables de que el hablante las entienda, para completar la explicación de los factores que intervienen cuando un hablante entiende oraciones.

A partir de estas premisas se puede concluir lo siguiente:

- (C*) La semántica filosófica y la ciencia cognitiva han de poder ofrecer, si se requiere, las condiciones mínimas que expliquen temas, aunque independientes, vinculados con ellas, de interés exclusivo para cada una de ellas.

Esto es: la semántica filosófica y la ciencia cognitiva han de poder proporcionar *ciertos elementos* — elementos exclusivos de su competencia — *que expliquen* fenómenos afines, pero independientes, con la otra disciplina. (FVC), al ser un fenómeno que repercute al hablante, a su estado psicológico-cognitivo, lo ha de estudiar, sin duda alguna, como argumenta Wettstein, la ciencia cognitiva. Pero (FVC) lo ha de estudiar también la semántica filosófica, dado que en este intervienen dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$, las cuales *impactan* de manera *distinta* a un hablante competente. El argumento con el que sustento esta idea continúa de la siguiente manera:

- (g*) Algunos de los temas de la ciencia cognitiva estrechamente vinculados con los temas semánticos son los *estados cognitivos* de los hablantes frente a los *contenidos* que expresan ciertas oraciones al ser proferidas — e.g., las *creencias* que pueden generar en un hablante cuando se profieren las siguientes oraciones: “Julian Assange es culpable de espionaje al gobierno de los Estados Unidos de América”; “Julian Assange es Paul Assange”; por lo tanto, “Paul Assange es culpable de espionaje al gobierno de los Estados Unidos de América” —.
- (h*) Uno de estos temas — estrechamente vinculados de la ciencia cognitiva con la semántica — es (FVC), a saber: un hablante competente, que entiende $a = a$ y $a = b$, puede tener una *actitud cognitiva distinta* respecto a dichas oraciones, aceptando $a = a$ pero dudando de $a = b$, considerando trivial $a = a$ pero informativa $a = b$, y teniendo un comportamiento distinto en función de cuál de las dos oraciones acepte.

A partir de (C*), (g*) y (h*) se puede concluir lo siguiente:

- (C**) La semántica filosófica ha de poder ofrecer, si se requiere, las condiciones mínimas que expliquen por qué un hablante puede tener una actitud cognitiva distinta cuando se le presentan las dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$.

Esto es: la semántica filosófica ha de poder proporcionar *ciertos elementos* — elementos exclusivos de su competencia — que *expliquen* por qué a un hablante le puede *impactar* de manera *distinta* lo que expresan las dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$. Si esto es así, tal como parece ser el caso, lo que Wettstein defiende — i.e., que la semántica filosófica no ha de dar cuenta de un hecho que es de competencia cognitiva — queda sin fundamento.

V2. Objeción segunda

Wettstein podría recurrir a (W) para argumentar, ante el hecho de que la semántica filosófica ha de poder proporcionar ciertos elementos semánticos que expliquen por

qué un hablante puede tener una actitud cognitiva distinta cuando se le presentan las dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$, que no hay ninguna propiedad semántica en a y b que indique al hablante correferencia alguna, y que por ello su actitud cognitiva podría ser distinta. Esta respuesta, sin duda alguna, es legítima, pero aún así no esclarece (FCV). Antes de mostrar esto, quiero evaluar primero una idea previa que defiende Wettstein, a saber: que es ilegítimo pasar de (DF), datos que, según Wettstein, son correctos, a concluir que el contenido proposicional de tales oraciones es distinto, como Frege defiende, según Wettstein, al atribuirle (ES).

En esta evaluación establezco ciertas distinciones importantes que ayudan a mostrar que, independientemente de si la propuesta de Frege es correcta, la apreciación que Wettstein hace de (ES) es incorrecta. Con esta evaluación no pretendo proporcionar un nuevo argumento que apoye, en contra de lo que defiende Wettstein, que la semántica filosófica ha de poder ofrecer una respuesta a (FVC); solamente quiero elucidar que Wettstein no aprecia correctamente la postura de Frege, aquella donde defiende que si $a = a$ y $a = b$ no son oraciones cognitivamente equivalentes, tampoco lo son semánticamente. Esto ha llevado a Wettstein a confundir, en mi opinión, el reto que lega Frege y la respuesta que hay que brindar a (FVC).

Frege inicia su artículo argumentando lo siguiente: la razón para creer que la igualdad es una relación de identidad que se establece entre signos, y no entre objetos, es que $a = a$ y $a = b$, donde $a = b$ es verdadera, son oraciones con diferente valor cognitivo: mientras que la primera oración es *a priori*, la segunda es *a posteriori* — *i.e.*, mientras que $a = a$ es una oración cuyo conocimiento se obtiene solamente apelando a sus términos, y no amplía conocimiento alguno, $a = b$ es una oración cuyo conocimiento se obtiene recurriendo a la experiencia, y amplía, en principio, el conocimiento de los hablantes — (1892, p.56). El desafío ante esto, continúa Frege, es explicar por qué las dos oraciones tienen diferente valor cognitivo — *i.e.*, por qué $a = a$ no amplía conocimiento alguno pero $a = b$ lo hace —.

Esta explicación, argumenta Frege, no puede partir del referente de los términos de $a = a$ y $a = b$, dado que este es el mismo para cada una de ellas. Esto es: si el valor cognitivo de las dos oraciones fuese el referente, su valor cognitivo sería el mismo, dado que comparten el mismo objeto (1892, p.57). Lo que explica el referente, en todo caso, continúa Frege, es el valor de verdad de $a = a$ y $a = b$ (1892, p.63). Ciertamente, las dos oraciones tienen el mismo valor de verdad, dado que a y b comparten el mismo referente; ambas oraciones, sin embargo, tienen diferente valor cognitivo. Cómo es que $a = a$ y $a = b$ tienen diferente valor cognitivo es lo que Frege propone explicar.

La respuesta de Frege consiste en *introducir los sentidos*, los cuales son los componentes semánticos de $a = a$ y $a = b$ que se relacionan con el valor cognitivo.¹¹ Dado que los términos a y b tienen diferentes sentidos, las dos oraciones expresan *pensamientos*, o *proposiciones*, distintos (1892, p.62). Por ejemplo, la proposición que

expresa — por medio de los sentidos que expresan las descripciones asociadas a cada uno de sus términos — la oración (1) es la siguiente: “el creador del sitio web llamado ‘Wikileaks’ es el creador del sitio web llamado ‘Wikileaks’”, la cual según Frege no amplía conocimiento alguno; pero la proposición que expresa la oración (2) es la siguiente: “el creador del sitio web llamado ‘Wikileaks’ es el creador del grupo social llamado ‘International Subversives’”, la cual en principio, argumenta Frege, amplía el conocimiento de los hablantes. Estas dos proposiciones, o pensamientos, concluye Frege, explican la diferencia cognitiva que hay en $a = a$ y $a = b$.

Apréciase que Frege en su explicación asocia dos componentes semánticos a $a = a$ y $a = b$. El primero de ellos es el *referente*, el cual es responsable del valor de verdad de las dos oraciones. El segundo de ellos es el *sentido*, el cual es responsable del valor cognitivo de dichas oraciones (1892, pp.62–5). Con estos Frege explica por qué $a = a$ y $a = b$ son verdaderas pero tienen diferente valor cognitivo — *i.e.*, $a = a$ y $a = b$ son verdaderas, dado que su referente es el mismo; sin embargo, su valor cognitivo es distinto, dado que ambas oraciones expresan proposiciones distintas, al presentar a y b de manera distinta al mismo referente, por medio del sentido —.

Lo que Frege hace, así, no es pasar, como defiende Wettstein, de (DF) a *concluir*, lo cual, como señala Wettstein, no sería legítimo, que el *contenido proposicional* de $a = a$ y $a = b$ es distinto. Lo que Frege hace es algo diferente, a saber: *introducir* ciertos componentes semánticos — los sentidos — que explican por qué, siendo dos oraciones verdaderas, cuyos términos comparten el mismo referente, $a = a$ es una oración que no amplía conocimiento alguno, pero $a = b$ lo hace.

En palabras precisas: el argumento de Frege no pretende ser un argumento deductivo, como Wettstein parece sugerirlo, que pasa de (DF) a concluir que el contenido proposicional de $a = a$ y $a = b$ es distinto; el argumento de Frege pretende ser más bien un argumento abductivo: ofrece una explicación semántica, introduciendo ciertos componentes semánticos — los sentidos — que explican por qué $a = a$ es una oración que no amplía conocimiento alguno, pero $a = b$ es una oración que lo hace, manteniendo la idea de que el valor de verdad de dichas oraciones es el mismo, dado que los términos a y b comparten el mismo referente.

Frege aclara (DF), sin embargo, después de haber explicado la diferencia que hay en valor cognitivo en $a = a$ y $a = b$, a saber: un hablante competente puede tener una actitud cognitiva distinta, aceptando $a = a$ pero dudando de $a = b$, considerando trivial $a = a$ pero informativa $a = b$, y teniendo un comportamiento distinto en función de cuál de las dos oraciones acepte, debido a que *aprehende* proposiciones distintas, aprehendiendo los diferentes sentidos con los que presentan a y b al mismo referente.

En la evaluación de (ES), Wettstein parece confundir la diferencia cognitiva que Frege encuentra en $a = a$ y $a = b$ con (DF). Como se podrá apreciar, la diferencia cognitiva que Frege encuentra en las dos oraciones no son lo que Wettstein llama

(DF). (DF) muestra una diferencia psicológica: algo que sucede en algunos hablantes, aquellos que desconocen la correferencia que hay en a y b ; la diferencia cognitiva, en cambio, muestra una diferencia epistémica: algo que fundamenta o posibilita de manera distinta el conocimiento de $a = a$ y $a = b$. Es ilegítimo, por ello, pasar, como defiende Wettstein, de (DF) a concluir que $a = a$ y $a = b$ expresan distintas proposiciones. Pero Frege, insisto, no defiende esto: lo que él defiende es que $a = a$ y $a = b$ tienen diferente valor cognitivo. Para explicar esta diferencia, Frege introduce los sentidos. Pero con los sentidos también explica la actitud cognitiva distinta del hablante. De allí que (ES) no sea correctamente apreciada por Wettstein.

V.3. Objeción tercera

Ahora bien, aceptar (W) no compromete, como argumenta Wettstein, aceptar que (FVC) se esclarece. En lo siguiente ofreceré razones que justifican esto, recogiendo una moraleja importante que se puede extraer de la propuesta de Wettstein, y mostrando que, a partir de esta, el fenómeno planteado por Frege asume dicho principio.¹²

V.3.1. La moraleja de Wettstein

Hay tres ideas que pueden ser extraídas de la propuesta que hace Wettstein (1989, p.325, pp.332–3), y que en mi opinión hay que tener en cuenta, a saber:

- a. Entre a y b no hay, en principio, ninguna relación interna.

Por ejemplo, entre las acepciones del significado de las palabras “pedazo” y “trozo” hay una que es compartida, a saber: “parte o porción separada del todo”. Esta definición, establecida por convención, hace posible que entre ambas palabras haya una relación. Cuando un hablante, por ello, aprende el significado por separado, en la acepción establecida, de ambas palabras, podría, por la definición misma, darse cuenta del vínculo y establecer su sinonimia. Una relación distinta se presenta entre, por ejemplo, los términos índice “yo” y “tú” y las expresiones “el hablante” y “el destinatario”. Entre ellos no hay una acepción compartida en su definición que los vincule, como la hay entre “pedazo” y “trozo”. Lo que hay es una regla que establece entre ellos una conexión (Kaplan 1977). Por ello, cuando un hablante introduce en su léxico términos índice sabe que yo, por ejemplo, en el presente artículo, por regla, soy *el hablante*, y tú eres la persona a la que se *le destina* mi discurso.

A pesar de estas dos formas distintas de relación, hay un rasgo común entre las primeras expresiones — *i.e.*, entre “pedazo” y “trozo” — y las últimas — *i.e.*, entre “yo” y “el hablante” y “tú” y “el destinatario” —. Este rasgo es la relación interna que hay entre unas y las otras, sea ya por definición o por regla. Esta *relación interna*

no se presenta, sin embargo, en nombres propios. Esto es: ningún nombre propio comparte, por una parte, ninguna *acepción* con otro en su definición; ni tampoco *por regla* ningún nombre propio, por otra parte, lleva a otro nombre propio. Esto se debe a que los nombres propios son para filósofos como Wettstein solo etiquetas sin definición alguna. Es por ello que entre los términos *a* y *b*, en tanto que son nombres propios, no hay ninguna relación interna. Por ello, cuando se le presentan, por ejemplo, los nombres propios “Julian Assange” y “Paul Assange” a un hablante, habiéndolos aprendido por separado, podría no relacionarlos, pues no hay nada en ellos, en su definición o en alguna regla, que se lo indique. Pero ello nos lleva a la siguiente idea:

- b. Si no hay ningún tipo de relación interna entre *a* y *b*, su relación es externa.

Esto es: la relación que hay entre *a* y *b*, si hay alguna, no se establece por definición, como se hace con “pedazo” y “trozo”, ni por regla, como es el caso de “yo” y “el hablante” o “tú” y “el destinatario”. La relación que hay entre *a* y *b* se establece a partir del *objeto externo* al que por convención refieren. Por ejemplo, la persona que creó el sitio web llamado ‘Wikileaks’ y, en su juventud, creó el grupo social llamado ‘International Subversives’ es la que posibilita, por convención, la relación entre los nombres propios “Julian Assange” y “Paul Assange”. Pero:

- c. Si no hay relación interna entre *a* y *b*, sino que su relación es externa, el hablante no tendría por qué saber que dichos términos, de ser el caso, correferieren.

Esto es: puesto que la única relación que hay entre los nombres propios “Julian Assange” y “Paul Assange” es la persona que creó el sitio web llamado ‘Wikileaks’ y el grupo social llamado ‘International Subversives’, no hay nada en la semántica de los dos nombres propios que le indique a un hablante, al aprenderlos separadamente, que refieren a la misma persona.

De estas tres ideas Wettstein se apoya para defender (W), con la cual intenta explicar (DF), mostrar que (FVC) no es enigmático, y desactivar la propuesta semántica y cognitiva de Frege.

V.3.2. La asunción de (W) en el planteamiento del fenómeno

La respuesta que proporciona Wettstein está muy lejos de esclarecer (FVC). Esto se debe a que Frege asume, en su planteamiento, lo que Wettstein considera con (W) la solución, y las razones que he mostrado que la sustentan, a saber: a., b. y c. En lo siguiente ofreceré evidencia textual que lo muestra.

Hay dos pasajes centrales en (1892) que pueden ser leídos de la manera siguiente, a saber: que Frege, al plantear (FVC), asume, por una parte, que la relación que hay entre los términos *a* y *b* no es una relación interna — como la hay entre “pedazo”

y “trozo” o “yo” y “el hablante” o “tú” y “el destinatario” —, sino que es externa a dichos términos — a saber: el objeto designado —, y, por la otra, que una hablante no tiene por qué saber que dichos términos son, de ser el caso, correferentes — dado que la relación que hay entre a y b no es interna, sino externa —. Si esto es así, creo que se le puede atribuir a Frege la aceptación de a ., b ., c ., y, con ello, la de (W). Veamos cada uno de estos pasajes.

En lo que respecta a la relación que hay entre los términos a y b , Frege escribe lo siguiente:

Lo que se intenta decir por $a = b$ parece ser que los signos o nombres ‘ a ’ y ‘ b ’ designan al mismo objeto, y que por ello la relación de esos mismos signos puede estar bajo discusión; pues una relación entre ellos puede ser afirmada. Pero esta relación puede mantenerse entre los nombres o signos solo en la medida en que nombran o designan algo. Esta relación puede ser mediada por la conexión de cada uno de los dos signos con el mismo objeto designado. Pero esta conexión es arbitraria. (1892, pp.56–7).

Lo que Frege discute en este pasaje es si la igualdad es una relación de identidad que se establece entre signos u objetos. Frege comienza a argumentar aquí que dicha relación se ha de establecer entre signos y no entre objetos, dado que lo que se intenta decir por $a = b$ es que a y b designan al mismo objeto. Pero esta relación que hay en a y b se mantiene, continúa Frege, en la medida en la que designan algo, a saber: el mismo objeto que, arbitrariamente o por convención, ha sido asociado. La relación de identidad que hay en a y b no es, así, una relación que se establece a partir de *ellos*, sino de la relación que tienen con el *objeto* designado. Esto hace pensar que Frege acepta, en el planteamiento del fenómeno, a y b . — *i.e.*, Frege parece aceptar que la relación que hay en a y b no es una relación *interna*, como la hay entre “pedazo” y “trozo” o “yo” y “el hablante” o “tú” y “el destinatario”, sino que es *externa*, a saber: el objeto designado por ambos términos —.

Más aún: en lo que respecta al desconocimiento que tiene el hablante respecto a la correferencia que hay entre a y b , Frege escribe lo siguiente:

... el pensamiento de la oración “La estrella de la mañana es un cuerpo celeste iluminado por el sol” difiere como tal del de la oración “La estrella de la tarde es un cuerpo celeste iluminado por el sol”. Cualquier persona que desconozca que la estrella de la tarde es la estrella de la mañana podría considerar como verdadero el primer pensamiento pero como falso el segundo (1892, p.62).

Lo que Frege discute en este pasaje es si el *pensamiento* que expresa una oración ha de asociarse o con el sentido o con el referente; líneas más adelante, Frege lo asocia con el sentido. Pero lo importante, al menos para los fines del presente artículo, es que Frege considera en este pasaje que un hablante puede desconocer la relación

de identidad que hay entre los términos “la estrella de la tarde” y “la estrella de la mañana”, al desconocer que la estrella de la tarde es la estrella de la mañana — *i.e.*, el hablante puede desconocer la correferencia que hay en a y b —. La razón que parece justificar esto se debe a que el hablante desconoce, dado que entre a y b no hay una relación interna, si ambos términos designan al mismo objeto. Esto hace pensar que Frege acepta, en el planteamiento del fenómeno, c . — *i.e.*, Frege parece partir del hecho evidente de que no hay una relación interna entre a y b sino que su relación es externa, y que por ello un hablante no tendría por qué saber, de ser el caso, que dichos términos son correferentes —.

Si lo anterior es cierto, como efectivamente creo que es el caso, Frege parece asumir también, en el planteamiento del fenómeno, (W). Por ejemplo, un hablante podría saber a qué refiere, por un lado, “Héspero” y, por el otro, “Fósforo”, pero aún así desconocer la *correferencia* que hay entre dichas expresiones. Gran parte de este desconocimiento se debe a que no hay nada en las propiedades semánticas de “Héspero” y “Fósforo” que le indique al hablante que son términos correferentes. Y esto se justifica a partir de que entre dichas expresiones no hay una relación interna sino que es externa, a saber: el objeto designado por ambos términos.

V.3.3. El enigma de Frege

Si a Frege se le puede atribuir, como vengo defendiendo, a ., b ., c ., y con ello, la aceptación de (W), ¿cómo es que el enigma se mantiene, a diferencia de lo que defiende Wettstein?

Siguiendo a Frege, el enigma consiste en dilucidar, como he argumentado en su momento al explicarlo,¹³ cómo es que $a = a$ y $a = b$ pueden ser oraciones *epistémicamente distintas*, a saber: $a = a$ ser una oración *a priori*, pero $a = b$ ser una oración *a posteriori*. Frege llama a esta diferencia epistémica lo que se ha venido llamando a lo largo de este artículo *diferencia en valor cognitivo*. En la sección anterior usé “diferencia epistémica” para hacer notar que la diferencia cognitiva que Frege encuentra en $a = a$ y $a = b$ no es una diferencia psicológica — *i.e.*, no es una diferencia que se produzca en algunos hablantes — sino que, siguiendo a Frege, es una diferencia que fundamenta o posibilita de manera distinta el conocimiento de las dos oraciones.

No voy a defender la idea de Frege — la idea de que $a = a$ es una oración *a priori* pero *a posteriori* $a = b$ —. Han habido poderosos argumentos con los que se ha tratado de mostrar que entre las dos oraciones no hay dicha diferencia, defendiendo o bien que ambas oraciones son *a posteriori* (Recanati 1993) (Wettstein 1986; 1989) o bien que ambas oraciones son *a priori* (Salmon 1986). No pretendo entrar en esta discusión, ya compleja por sí misma para desarrollarla en lo que resta de esta sección.

Lo que voy a defender es una idea mucho más moderada, una idea que está al fondo de nuestra concepción de que la oración $a = a$ es *a priori* pero *a posteriori*

la oración $a = b$, a saber: la diferencia cognitiva que hay en $a = a$ y $a = b$ no es una diferencia, como lo defiende Wettstein, que se produzca en los hablantes — en aquellos que desconocen la correferencia que hay en los términos a y b — sino que es una diferencia que resulta de las dos oraciones mismas — *i.e.*, que el hablante puede encontrar en $a = a$ y $a = b$ —.

Supongamos por un momento que Wettstein tiene razón, que la diferencia cognitiva que hay en $a = a$ y $a = b$ es una diferencia psicológica, algo que tiene que ver con los hablantes, con su aceptación o rechazo de las dos oraciones. Si esto fuera cierto, se desprenderían las siguientes dos ideas. La primera: $a = a$ y $a = b$ serían oraciones cognitivamente equivalentes si los hablantes — todos los hablantes en general — las aceptaran. La segunda: $a = a$ y $a = b$ no serían oraciones cognitivamente equivalentes si algunos hablantes — no todos ellos — no aceptaran las dos oraciones, sino que dudarían de $a = b$.¹⁴ La primera idea puede descartarse, debido que intuitivamente hay por lo menos un hablante competente que podría no aceptar las dos oraciones — aquel hablante que desconoce la correferencia que hay en a y b —. Pero dado que intuitivamente hay un hablante competente que podría dudar de $a = b$, $a = a$ y $a = b$ difieren cognitivamente.

Dada esta conclusión, uno podría preguntarse lo siguiente: ¿efectivamente $a = a$ y $a = b$ difieren cognitivamente, debido a que intuitivamente hay un hablante competente que podría dudar de $a = b$ pero no de $a = a$ — ya que no conoce la correferencia que hay en a y b —?

Para responder a esto regresemos a la primera idea que se desprende de nuestro supuesto, aquella donde $a = a$ y $a = b$ no difieren cognitivamente, debido a que no hay ningún hablante competente que acepte $a = a$ pero dude de $a = b$. De estos hablantes, aunque todos aceptan las dos oraciones — dado que conocen la correferencia que hay en a y b —, uno de ellos podría aún así considerar que $a = b$ parece decir algo distinto de $a = a$, a saber: mientras que $a = b$ parece decir que a lo que refiere a es lo mismo que a lo que refiere b , de lo cual uno podría dudar, $a = a$ parece decir simplemente que a lo que refiere a es lo mismo que a lo que refiere a , de lo cual, en principio, uno no podría dudar. Por ejemplo, el hablante podría saber que los nombres propios “Julian Assange” y “Paul Assange” refieren al mismo hombre, y que por ello las oraciones (1) y (2) son verdaderas. Pese a esto, el hablante podría aún así considerar que (2) parece decir algo distinto de (1), a saber: mientras que (2) parece decir que la persona a la que refiere “Julian Assange” es la misma persona a la que refiere “Paul Assange”, lo cual podría ponerse en duda, (1) parece solo decir que la persona a la que refiere “Julian Assange” es la misma persona a la que refiere “Julian Assange”, lo cual, en principio, no podría ponerse en duda.

En palabras precisas: intuitivamente $a = a$ y $a = b$ parecen decir por sí mismas cosas distintas: $a = a$ parece decir la *trivial* idea que a lo que refiere a es lo mismo que a lo que refiere a ; $a = b$, en cambio, parece decir la *no-trivial* idea que a lo que

refiere a es lo mismo que a lo que refiere b . Esta diferencia que parece haber entre las dos oraciones es la que yace al fondo de lo que Frege propone explicar, llamándola diferencia en valor cognitivo.

En esta diferencia cognitiva, como se podrá apreciar, no importa que el hablante conozca la correferencia que hay en a y b , dado que la diferencia es una diferencia que *proviene* de $a = a$ y $a = b$. O mejor aún: para el hablante que desconoce la correferencia que hay en a y b , la dos oraciones parecen decir cosas distintas, por ello duda de $a = b$; pero para el hablante que conoce la correferencia que hay en a y b , $a = a$ y $a = b$ también le podrían parecer decir cosas distintas, aun cuando acepte las dos oraciones. Esta diferencia que parece haber en $a = a$ y $a = b$ es la que Frege propone elucidar.

La respuesta que proporciona Wettstein, a saber: que no hay nada en las propiedades semánticas de a y b que indique al hablante correferencia alguna, no explica por qué $a = a$ y $a = b$ difieren cognitivamente. Lo único que Wettstein hace con su respuesta es evidenciar lo que Frege ya asume en el fenómeno, a saber: que el hablante no tiene por qué saber que a y b son correferentes, dado que su relación no es interna sino externa. O mejor aún: si seguimos a Frege, podemos aceptar muchas de las cosas que nos dice Wettstein. Pero aun aceptándolas, no sería legítimo concluir que (FVC) se esclarece con (W). Lo único que Wettstein hace con su respuesta es evidenciar que a y b no presentan para el hablante, semánticamente, correferencia alguna. Pero eso lo asume ya, como he venido argumentado, el planteamiento de Frege.

Conclusión

Creo que Wettstein tiene razón al defender las siguientes dos ideas: la primera, que las dos oraciones de la forma $a = a$ y $a = b$, cuando $a = b$ es verdadera, son semánticamente equivalentes — *i.e.*, expresan la misma proposición y tienen las mismas condiciones de verdad —; la segunda, que el hecho de que un hablante competente, que entiende dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$, pueda tener una distinta actitud cognitiva, no hace falsa la tesis de la equivalencia semántica — *i.e.*, (FVC) no es una objeción a la idea de que las dos oraciones de la forma $a = a$ y $a = b$ son semánticamente equivalentes —. En su intento de explicar por qué no hace falsa (FVC) a la idea de la equivalencia semántica, Wettstein se equivoca, sin embargo, en las dos ideas siguientes: no hay ninguna propiedad semántica en los términos a y b que le indique al hablante correferencia alguna, no siendo sorprendente, así, según Wettstein, que su actitud cognitiva no sea la misma; pero es la ciencia cognitiva y no la semántica filosófica la que ha de estudiar esta distinta actitud cognitiva que un hablante competente puede tener respecto a las dos oraciones verdaderas de la

forma $a = a$ y $a = b$, dado que cada una de ellas tiene proyectos de investigación distintos.

Como he argumentado, la semántica filosófica ha de poder ofrecer una respuesta a (FVC), dado que en este intervienen dos oraciones semánticamente equivalentes que *impactan de manera distinta* a un hablante competente. Como he argumentado también, el planteamiento que Frege hace respecto a (FVC) asume lo que Wettstein considera su esclarecimiento, a saber: que el hablante no tiene por qué saber que a y b son términos correferentes, en tanto que no hay ninguna propiedad semántica en dichos términos que se lo indique.

El fallo de la respuesta de Wettstein surge de la confusión que tiene respecto al reto que plantea Frege en (1892), a saber: él cree que solamente hay que explicar (DF) — *i.e.*, la distinta actitud cognitiva que un hablante competente puede tener respecto a las dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$ —, y con ello esclarecer (FVC). Pero como he argumentado, el reto de Frege es explicar por qué $a = a$ no amplía conocimiento alguno pero $a = b$ lo hace, siendo que a y b comparten el mismo referente — *i.e.*, por qué siendo ambas oraciones verdaderas, difieren cognitivamente —. Claramente, un hablante competente puede tener una distinta actitud cognitiva respecto a dichas oraciones. Pero esta distinta actitud cognitiva parte, como he tratado de mostrar, de la diferencia cognitiva que Frege encuentra en las dos oraciones verdaderas de identidad. Hay que explicar, así, la diferencia cognitiva que hay en $a = a$ y $a = b$, y con ello esclarecer también (DF).

En palabras precisas: el reto que plantea Frege parece centrarse en dos aspectos diferentes: por un lado, esclarecer por qué difieren en valor cognitivo las dos oraciones referencialmente equivalentes de la forma $a = a$ y $a = b$; por otro lado, mostrar qué hay en esas oraciones que hace posible que un hablante competente pueda tener una actitud cognitiva diferente. Wettstein, como he tratado de mostrar, no responde a este doble aspecto del reto de Frege. Algunos otros filósofos que defienden una teoría de la referencia directa lo han hecho. Por ejemplo, Perry (1988; 2001) y Stalnaker (1978; 2006), independientemente de si sus propuestas son o no correctas, han contemplado este doble aspecto: el primero de ellos lo ha hecho al distinguir entre *proposición creada o proposición reflexiva* y *proposición expresada*; el segundo, al diferenciar entre *proposición diagonal* y *proposición horizontal*; con esta distinción ambos explican los dos aspectos del reto de Frege, sin descartar la tesis de la equivalencia semántica, a saber: con la proposición creada y la proposición diagonal explican la diferencia que hay en valor cognitivo en las dos oraciones verdaderas de la forma $a = a$ y $a = b$, y la distinta actitud cognitiva que un hablante competente puede tener respecto a esas oraciones; con la proposición expresada y la proposición horizontal explican el que las dos oración de la forma $a = a$ y $a = b$ expresen la misma proposición y tengan las misma condiciones de verdad. Considerar este doble aspecto del reto de Frege podría ayudar a esclarecer (FVC). Aún más, creo que este

doble aspecto del reto de Frege, aspecto que Wettstein pretendió anular, es el que hay que contemplar para evaluar o proponer cualquier propuesta con la que se pretenda esclarecer (FVC).

Agradecimientos

Las ideas que presento comenzaron a gestarse en Barcelona, en mi investigación supervisada por Genoveva Martí en el grupo LOGOS. Muchas de ellas fueron presentadas y desarrolladas después en Costa Rica, en la Escuela de Filosofía y en el Instituto de Investigaciones Psicológicas, apoyado siempre por Max Freund, Vanessa Smith-Castro, Mauricio Molina, y Juan Diego Moya-Bedoya. Pero no fue sino hasta Brasil cuando terminé de madurarlas, apoyado por Marco Ruffino y Walter Carnielli en el CLE. Agradezco a todos ellos por haberme brindado excelentes condiciones, fructíferas discusiones para que se consolidara parte de esta investigación. El CNPq y la CAPES apoyaron el proyecto al que pertenece este artículo como resultado de muchos otros en la UNICAMP

Referencias

- Almog, J. 2008. Frege's Puzzles? *Journal of Philosophical Logic* **37**: 549–574.
- Almog, J. et al. (eds.). 1989. *Themes from Kaplan*. Oxford: Oxford University Press.
- Almog, J. et al. 2009. *The Philosophy of David Kaplan*. Oxford: Oxford University Press.
- Black, M. et al. (eds.). 1960. *Translations from the Philosophical Writings of Gottlob Frege*. Oxford: Basil Blackwell.
- Donnellan, K. 1978. Speaker Reference, Descriptions and Anaphora. *Syntax and Semantics* **9**: 47–68.
- Dummett, M. 1973. *Frege Philosophy of Language*. London: Duckworth.
- Evans, G. 1982. *The Varieties of Reference*. Oxford: Clarendon Press.
- Fine, K. 2007. *Semantic Relationism*. Oxford: Basil Blackwell.
- Frege, G. 1892. Über Sinn und Bedeutung. *Zeitschrift für Philosophie und philosophische Kritik* **100**: 25–50. Traducido y reimpresso como “On sense and reference” en Black et al. (eds.) 1960, pp.56–78.
- Garavaso, P. 2000. Why the New Theorist May still Need to Explain Cognitive Significance but not Mind Doing It. *Philosophia* **28**: 1–11.
- García-Carpintero, M. et al. (eds.). 2006. *Two-dimensional semantics*. Oxford: Clarendon Press.
- Glezakos, S. 2009. Can Frege Pose Frege's Puzzle? In: Almog et al. (eds.) (2009), pp.202–207.
- Jeshion, R. (ed.). 2010. *New Essays on Singular Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- . 2010. Singular Thought: Acquaintance, Semantic Instrumentalism, and Cognitivism. In: R. Jeshion (2010), pp.105–140.
- Kripke, S. 1979. A Puzzle about Belief. In: Margalit (comp.) (1979), pp.239–283.
- . 1980. *Naming and Necessity*. Oxford: Basil Blackwell.
- Kaplan, D. 1977[1989]. Demonstratives. In: Almog et al. (eds.) (1989), pp.481–563.
- Lawlor, K. 2001. *New Thoughts about Old Things*. New York: Garland Publishing.
- Margalit, A. (comp.). 1979. *Meaning and Use*. Dordrecht: Reidel.

- Millikan, R. 1997. Image of Identity: In Search of Modes of Presentation. *Mind* **106**(423): 499–519.
- Mcdowell, J. 1977. On the sense and reference of a proper name. *Mind* **86**(342): 159–185.
- Perry, J. 1988[1993]. Cognitive Significance and New Theory of Reference. *Nous* **22**: 1–18. Reimpreso en Perry (1993), pp.227–247.
- . 1993. *The Problem of the Essential Indexical and Other Essays*. Stanford: CSLI Publications.
- . 2001[2006]. *Reference and Reflexivity*. Stanford: CSLI Publications. Traducido al castellano por K. Korta y R. Agerri. *Referencialismo Crítico*. Stanford: CSLI Publications.
- Pinillos, A. 2011. Coreference and Meaning. *Philosophical Studies* **154**: 301–324.
- Recanati, F. 1993. *Direct Reference: From Language to Thought*. Oxford: Blackwell.
- . 2012. *Mental Files*. Oxford: Oxford University Press.
- Salmon, N. 1986. *Frege's Puzzle*. Cambridge, Mass: MIT Press/Branford Books.
- . 1991. How Not To Become A Millian Heir. *Philosophical Studies* **62**: 165–177.
- Stalnaker, R. 1978[1999]. Assertion. *Syntax and Semantics* **9**. Reimpreso en Stalnaker (1999), pp.78–95.
- . 1999. *Context and Content*. Oxford: Oxford University Press.
- . 2006. Assertion Revisited: On the interpretation of Two-Dimensional Modal Semantics. In: García-Carpintero et al. (eds.) (2006), pp.293–309.
- Suarez-Rivero, D. (ed.). 2014. *Frege's Puzzle. A Reexamination of the Cognitive Significance Phenomenon*. *Revista de Filosofía* **53**(136).
- Wettstein, H. 1989. Turning the Tables on Frege, or How Is It That “Hesperus Is Hesperus” is Trivial. *Philosophical Perspectives* **3**: 317–339. Reimpreso en Wettstein (1991), pp.159–178.
- . 1986. Has Semantics Rested on a Mistake?. *The Journal of Philosophy* **LXXXIII**(4): 185–209. Reimpreso en Wettstein (1991), pp.109–131.
- . 1991. *Has Semantics Rested on a Mistake? And Other Essays*. Stanford: University Press.

DAVID SUAREZ-RIVERO

Universidade Estadual de Campinas (UNICAMP)

Post-doctoral Researcher CNPq/CAPES

darisua@gmail.com

Notas

¹ A lo largo del artículo omitiré, para abreviar, que las dos oraciones de la forma $a = a$ y $a = b$ son verdaderas; que los términos a y b comparten el mismo referente; y que la distinta actitud cognitiva que puede tener un hablante competente es respecto a dichas oraciones.

² Es importante notar que Howard Wettstein no menciona en ninguno de los artículos que discuto a la ciencia cognitiva; únicamente alude a la epistemología como aquella disciplina que ha de proporcionar una respuesta a (FVC). Sin duda alguna, (FVC), tal como lo plantea

Frege en (1892), es un fenómeno epistemológico — confróntese la sección V. 2. y V. 3. 3. de este artículo —; sin embargo, en cierta discusión filosófica se tiende a concebirlo como un fenómeno puramente cognitivo — confróntese la nota 3 de este artículo —, que tiene que ver con algunos hablantes y su estado mental — aquellos que desconocen la correferencia que hay en los términos de las dos oraciones de la forma $a = a$ y $a = b$ —. John Perry (1988, p.232), por ejemplo, en su reconstrucción de los argumentos que proporciona Wettstein, lo concibe de esta manera, considerando que la ciencia cognitiva ha de proporcionar una respuesta a (FVC). Wettstein mismo, como se verá a lo largo del presente artículo, contempla a (FVC) como un fenómeno que tiene que ver con el hablante y su estado mental. Por ello, en la reconstrucción que hago de los argumentos de Wettstein me referiré a la ciencia cognitiva y no a la epistemología. Me apegaré, no obstante, en algunas ocasiones, a los argumentos de Wettstein, sin dejar de considerar a la ciencia cognitiva como la disciplina que ha de proporcionar una respuesta a (FVC).

³ Obsérvese, como se hará mucho más evidente en las líneas siguientes, que Wettstein considera que la propuesta de Frege respecto a (FVC) es una propuesta semántica, la cual considera a los *sentidos* como componentes semánticos de las oraciones declarativas. Como se sabe, esta lectura de Frege es propuesta por Saul Kripke en su libro *Naming and Necessity* (1980), el cual considera que el sentido de un nombre es expresado por una descripción que se asocia con dicho nombre. Como se sabe también, muchos filósofos — *e. g.*, Evans (1982), McDowell (1977) y Dummett (1973) — se han resistido a ver en la propuesta de Frege una propuesta semántica, que asocie a los sentidos con descripciones. A diferencia de Kripke, ellos consideran a los sentidos como *modos de pensar* al referente. En el presente artículo, dejo al margen la discusión de si la propuesta de Frege es una propuesta semántica. Asumo, como lo hace Wettstein, que esta efectivamente lo es, tal como la propuso Kripke. Y la discusión que se mantiene en este artículo, o en parte de este, se centra en mostrar si es legítimo que la semántica filosófica proporcione, como lo hizo Frege, una respuesta a (FVC).

⁴ Percátese que Wettstein considera que uno de los proyectos de Frege, además del proyecto semántico, es un proyecto cognitivo, a saber: explicar la estructura del pensamiento a través del lenguaje. Alguien se podría resistir a aceptar esto, dado que Frege en algunas partes descarta que, con su filosofía, intente explicar cuestiones psicológicas. Lo cierto es que una línea de interpretación filosófica — *e. g.*, Millikan (1997), Recanati (1993), Jeshion (2010), Salmon (1986), Lawlor (2001), Stalnaker (1978; 2006) y Perry (1988; 2001) —, considera que Frege, con su propuesta de los sentidos, estuvo interesado en explicar cuestiones psicológico-cognitivas. En este artículo, seguiré esta línea de interpretación, en la cual se inserta Wettstein.

⁵ Se podría argumentar, siguiendo la formulación del argumento que presento, que el punto de Wettstein en (1986) no es mostrar que el proyecto de Frege sea un proyecto cognitivo y, por tanto, tenga muy poco que hacer con cuestiones semánticas; si esto fuera el caso, se trivializaría el punto de Wettstein en contra de (CE). El punto de Wettstein es, mas bien, se podría argumentar también, que el proyecto de Frege, siendo un proyecto semántico que se basa en la relación del lenguaje y los contenidos de pensamiento, más que en la reglas semánticas que gobiernan nuestras prácticas de referir a particulares del mundo, ha de proporcionar, y esto es crucial, una explicación de la diferencia en valor cognitivo que presentan oraciones que contienen términos singulares que correferen; dada una concepción semántica diferente de la de Frege, como la mencionada anteriormente, la cual está interesada en las reglas

semánticas que gobiernan nuestras prácticas de referir, explicar la diferencia cognitiva no es ningún reto, como Frege lo exige con (CE).

Dada la anterior argumentación, creo que asumirla sería considerar poco la reconstrucción que he formulado sobre el argumento de Wettstein. Sin duda alguna, en (1986) están en debate, por un lado, la semántica tal como la entiende Frege, y, por el otro lado, la semántica distinta de como la entiende Frege, una semántica que Wettstein califica de anti-fregeana. Si se entiende que Frege con su semántica intenta *integrar* componentes semánticos, como son los *sentidos* o *pensamientos*, que expliquen cuestiones cognitivas o epistemológicas, se podrá ver en este tipo de semántica un proyecto cognitivo o epistemológico, el cual ha de explicar (FVC), como lo señala el propio Wettstein (1986, p.201). Asimismo, si se entiende que los anti-fregeanos, o en general los teóricos de la referencia directa, están interesados en una semántica que dé cuenta de las reglas semánticas que gobiernan nuestros usos lingüísticos, se entenderá que esta semántica no tiene un proyecto cognitivo, sino antropológico, como lo señala también el propio Wettstein (1986, p.201). Si esto es así, tal como es el caso, hay dos proyectos semánticos distintos en la formulación del argumento de Wettstein: uno interesado en explicar cuestiones cognitivas y otro interesado en explicar cuestiones antropológicas. El proyecto de Frege, o la semántica de Frege, es cognitivo, como lo he argumentado al interior del artículo, pero el proyecto anti-fregeano, el proyecto de la referencia directa, no es cognitivo, por ello, según Wettstein, no está obligada a seguir las demandas de (CE). Es justamente este punto el que he anotado en el artículo, llamando a la semántica de Frege proyecto cognitivo y al de la referencia directa proyecto semántico. (Agradezco a un arbitro anónimo.) haberme hecho consciente de la malinterpretación en la que se podría caer siguiendo el argumento.

⁶ En la sección V. 3., particularmente en la sección V. 3. 1., del presente artículo ofrezco razones detalladas del porqué sostengo que Wettstein defiende con su respuesta (W). De momento, creo que son suficientes las razones que proporciono en lo que sigue al interior del artículo. El lector puede consultar, no obstante, en dicha sección, el argumento que formulo para atribuirle a Wettstein (W).

⁷ Se podría argumentar que el punto de Wettstein en (1989) no es disolver (FVC) sobre la base de un principio como (W). El punto de Wettstein es más bien desconectar (DF) de (AC), lo cual conjuntamente genera (FVC). Sin duda alguna, la intención de Wettstein es desconectar (DF) de (AC) para disolver (FVC) (1989, p.331, p.332). Pero Wettstein realiza un movimiento más, un movimiento que, por decirlo de alguna forma, va más allá de simplemente disolver (FVC) (1989, p.327), a saber: *proporcionar una respuesta a (DF)*, a partir de nuestras prácticas lingüísticas, las cuales son respaldadas institucionalmente, y, con ello, *mostrar que no hay nada de enigmático en (FVC)* — *i. e.*, no hay nada de enigmático en preguntar por qué un hablante competente podría tener una actitud cognitiva distinta respecto a dos oraciones semánticamente equivalentes de identidad (1989, p.325, pp.332–4) —. Es en esta respuesta de Wettstein donde encuentro implícitamente (W), con la cual Wettstein esclarece (DF) y muestra por qué no es enigmático (FVC). Es en este último punto, y no en el primero, dados los objetivos establecidos del presente artículo, en el que he enfocado la reconstrucción de los argumentos de Wettstein. (Agradezco a un arbitro anónimo.) la observación de este punto.

⁸ Obsérvese que, siguiendo la propuesta de Frege, cuando se habla de *actitud cognitiva* se habla de la actitud que tiene el hablante respecto a las oraciones $a = a$ y $a = b$, la cual puede ser distinta en algunos hablantes; cuando se habla de *valor cognitivo*, en cambio, se habla de

un componente semántico, distinto al referente, el cual, según Frege, es distinto en las dos oraciones. Wettstein acepta, como he argumentado, que $a = a$ y $a = b$ difieren cognitivamente; pero como rechaza que las dos oraciones difieren semánticamente, considera que la diferencia cognitiva es una diferencia que se da en la actitud del hablante — confróntese la sección II. de este artículo —. Más adelante mostraré (V. 2. y V. 3.) que es incorrecto interpretar la diferencia cognitiva que Frege encuentra en $a = a$ y $a = b$ como una diferencia que se da en la actitud cognitiva del hablante.

⁹ Este ejemplo lo proporciona Perry (1988, p.232) para mostrar que la semántica filosófica ha de ofrecer una respuesta al fenómeno del valor cognitivo. Parte del argumento que ofrezco en la presente sección — el que concluye con (CCC) —, aunque es un argumento independiente, se inspira en dicho ejemplo.

¹⁰ Estoy pensando, particularmente, en las propuestas que ofrecen Perry (1988; 2001) y Stalnaker (1978; 2006), los cuales proporcionan, cada uno por su cuenta, ciertas propiedades semánticas que son responsables de que el hablante entienda oraciones declarativas. Por ejemplo, Perry propone una propiedad semántica, distinta a la *proposición expresada*, que es responsable de que el hablante entienda dichas oraciones, a saber: la *proposición creada* o *proposición reflexiva*. Según Perry, la proposición expresada es aquella que representa un estado de cosas, y es la responsable del valor de verdad; la proposición creada, en cambio, es aquella generada por la preferencia misma a partir del significado de los términos lingüísticos, y es la responsable del valor cognitivo. Por ejemplo, supongamos que yo profiero la oración (6) Tú estás derramando café sobre la mesa, mientras observo a John Perry derramando café sobre la mesa. La proposición expresada por (6) es la siguiente: “John Perry está derramando café sobre la mesa”, y es verdadera si efectivamente John Perry está derramando café sobre la mesa. La proposición creada por (6), en cambio, es la siguiente: “el individuo al cual se dirige el hablante está derramando café sobre la mesa”, y es verdadera aun cuando John Perry no estuviera derramando café sobre la mesa, y yo la dirigiera a alguien que está derramando café sobre la mesa. Perry sostiene que lo que el hablante *aprehende* cuando entiende una oración declarativa es la proposición creada, y no la proposición expresada. Por ello, un hablante puede desconocer el estado de cosas que representa una oración, y aún así entenderla. En el presente artículo, no desarrollaré la propuesta de Perry — tampoco explicaré la propuesta de Stalnaker —. Lo único que me interesa es que se aprecie que hay dos propuestas filosóficas actuales que defienden que hay ciertas propiedades semánticas — en el caso de Perry, la proposición creada o reflexiva, la cual es diferente de la proposición expresada — que son responsables de que el hablante entienda ciertas oraciones. Mucho de lo que digo en el presente argumento asume las propuestas de Perry y Stalnaker, independientemente de si efectivamente son o no verdaderas.

¹¹ Como es sabido, Kripke (1980) formula poderosos argumentos para mostrar que la semántica de los nombres propios no incluye sentidos fregeanos. Como he especificado, en este artículo no evalúo la propuesta de Frege, solo me limito a reconstruirla para mostrar que la apreciación que hace Wettstein de (ES) es incorrecta. Por ello, en esta sección dejo al margen los decisivos argumentos de Kripke sobre la propuesta de Frege.

¹² Actualmente hay una discusión sobre correferencia, y distinciones que se hacen sobre esta, para esclarecer temas semánticos, cognitivos y epistémicos. Confróntese, por ejemplo, Recanati (2012), Pinillos (2011) y Fine (2007). Confróntese también Evans (1982) y Donnellan (1978). No es mi intención, no obstante, abordar tal discusión en el presente artículo, extenso

ya en proporción. Dado que mi objetivo es caracterizar y mostrar lo que se deriva de la propuesta de Wettstein, para evidenciar que sus conclusiones no esclarecen (FVC), creo que lo que formulo en el artículo sobre correferencia es, en principio, suficiente para los propósitos que he establecido.

¹³ Confróntese la sección V. 2. de este artículo.

¹⁴ Recuérdese que, a pesar del recato que tienen algunos filósofos, como Wettstein, en considerar como trivial a $a = a$, es admitido que el hablante acepta fácilmente dicha oración — dado que asume que ambos términos que se repiten refieren al mismo objeto —, no sucediendo así con $a = b$ — dado que, aunque conoce la referencia de ambos términos, duda de si son términos correferentes —.